(Con licencia eclesiástica.)

EL CATOLICISMO LIBERAL,

POR

GABINO TEJADO.

..... *Et in vobis erunt magistri mendaces, qui introducent sectas perditionis, et eum, qui emit eos, Dominum negant, superducentes sibi celerem perditionem. Et multi sequentur, eorum luxurias, per quos via veritatis blasphemabitur; et in avaritia fictis verbis, de vobis negotiabuntur.*

.....(habrá entre vosotros falsos doctores que introducirán sectas de perdicion, y negarán á aquel Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos apresurada ruina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por quienes será blasfemado el camino de la verdad, y por avaricia, con palabras fingidas, harán comercio de vosotros.)

(EPÍSTOLA 2.ª DE SAN PEDRO, C. II, vv. 1, 2, 3.)

LIBRERIA CATOLICA INTERNACIONAL.
20, *calle del Arenal*, 20.

1875.

EL CATOLICISMO LIBERAL.



Imp. de J. Limia y G. Urosa, Embajadores, 47.



I.

Antigua es ya la lucha entre los *prudentes* y los *exagerados;* pero pocas veces, en la historia del mundo, ha sido esta lucha tan encarnizada como hoy dia, tal vez porque nunca se han dado más contradictoriamente aquellos nombres respectivos á los órdenes de ideas y á los grupos de hombres designados por cada uno de ellos. No que deje de haber hoy, como siempre los ha habido, hombres de verdadera prudencia, y hombres verdaderamente exagerados, sino que jamás se ha llamado con igual descaro *prudencia* al egoismo, y *exageracion* al amor de la verdad.

Siempre han existido, en este mundo entregado á las disputas de los hombres, almas sedientas y amantes de luz, que perpétuamente la han buscado, y se han inundado en ella despues de encontrarla. Siempre han existido, por el contrario, otras almas que, amando con depravado instinto las tinieblas, llegan, digamoslo así, á tomar carta de naturaleza en toda region dominada por el error y el vicio.

Pero almas que gusten de vivir adrede en un como crepúsculo perpétuo, sin resolucion para envolverse, ni en la sombra que las atrae, ni en la luz que las solicita; almas que, por sistema, quieran buscar medio entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, consagrando con desdichado ahinco todos las fuerzas de su espíritu y de su corazon al proseguimiento de este medio imposible y absurdo, son casi una especialidad de los tiempos actuales.

Estudiadlos en el terreno de las creencias religiosas, y vereis con qué alarde tan cómico de imparcialidad, se dignan, por ejemplo, concederos que sin duda existe una vida ultraterrena en la cual hay premios para el bueno y castigos para el malo; pero no se os escape afirmar que el castigo del malo ha de ser tan eterno como el premio del bueno, porque en aquel

mismo punto, os oireis llamar *exagerados*. Los *prudentes* no creen en la eternidad del infierno.

Estudiadlos en el terreno de las prácticas religiosas; todos ellos oyen Misa *casi todos los dias de fiesta*: en punto á piedad, gustan de colocarse en aquel *prudente* medio que baste á no grangearles la reputacion de impíos; todo lo que de aquí pase, les parece exageracion pura.

Examinad lo que piensan sobre la autoridad de su Párroco: la *prudencia* les manda concederle plena facultad para bautizar á los párvulos y casar á los adultos de la feligresía, ¿pero facultad para negar, por ejemplo, sepultura eclesiástica á un suicida ó á un impenitente?—*¡Exageracion* monstruosa!

De buena voluntad os concederán estos *prudentes* que la Iglesia ejerce, sin duda, una mision civilizadora; y aun si los apurais un poco, puede que lleguen al sublime esfuerzo de reconocer que á la Iglesia incumbe el magisterio supremo de verdad y el ministerio de gracia. Pero, ¡ay de vosotros si de aquí sacais la legítima consecuencia de que á la Iglesia compete, por ejemplo, la suprema direccion y fiscalizacion de la Enseñanza Pública!—*¡Exageracion* intolerable!

Que el Obispo predique sobre la necesidad de profesar la fé católica para salvarse: nada más justo, no os lo negará el *prudente*. Pero que le ocurra á Su Ilustrísima condenar sistemas políticos ó conducta de gobernantes, en cuya virtud tienen ancho campo los malvados para predicar y propagar la herejía...—*¡Exageracion* teocrática! ¡ingerencia perturbadora del Obispo en la política!

Condénese desde el púlpito la culpable codicia que del ayuda de cámara de nuestro *prudente* hace un ladronzuelo doméstico: ¿qué cosa más puesta en razon? Pero ¡pobre predicador si le ocurre llamar robo sacrílego á la desamortizacion de bienes de la Iglesia, decretada sin consentimiento de ella por un Parlamento demagógico!—¡Qué *Exageracion!* ¡Eso es usurpar las atribuciones de la potestad civil; eso es perturbar el Estado; eso es comprometer á la Religion, mezclándola con la política!

El Papa, ¡oh! el Papa ¡gran institucion! El Jefe de la Iglesia ¡gran dignidad!—¿No es verdad que sí?—¡Ya lo creo! por eso cabalmente, no hay hombre de *prudencia* que no desee ver resuelta la cuestion romana de un modo que sea garantida la independencia, y quede incólume la dignidad de la Santa Sede.—

¿No es verdad que sí?—Por supuesto: es justo y conveniente que, ya que no se restituyan al Papa las Marcas y la Umbría, al ménos se le garantice la pacífica posesion de Roma.—Pues mire usted: á mí me parece que el verdadero modo de satisfacer lo que exigen la dignidad y la seguridad del Papa, es comenzar por restituirle todos los Estados que le ha robado el Piamonte...—¡Qué *exageracion!*—¡Ah! ¿Es exageracion dar lo suyo á cada cual, y sacarlo de manos del ladron que lo detenta?—Sí, señor, es exageracion: ningun hombre *prudente* aprobaria semejante extremo.—¡Ya!

- -
- -
- -
- -

Este triste antagonismo, hemos dicho, no es nuevo: danos perpétuamente un tipo inmortal de él la divina historia del Salvador del mundo, maestro y modelo de todos los que llama *exagerados* la *prudencia* de estos tiempos, pues *locura* llamaron los gentiles á su doctrina y á su Cruz, del propio modo que los modernos paganos llaman hoy *exageracion* la fidelidad en seguir la doctrina y la Cruz de Jesucristo. "Vine al mundo (decia el Hombre de Dios ante Pilatos) para dar testimonio de la verdad: todo aquel que está por la verdad, oye mi voz."—¿Qué cosa es la verdad?"—le preguntó Pilatos.

Pilatos ¿no sabia *qué cosa era la verdad*, ó no queria saberlo?...¡Infeliz! Tuvo miedo de aquella turba deicida que furiosa le gritaba:—"Si sueltas á este, no eres amigo del César."—Repugnábale la injusticia; hizo algun esfuerzo para eximirse de cometerla; pero prevalecieron al fin en su ánimo tres afectos ignobles: pereza de espíritu para elevarse á percibir la grandeza del divino reo sometido á su juicio; deseo de hacerse popular entre los judíos, y miedo de perder, junto con la gracia del César, su destino de Gobernador.

Idéntica es la historia de los *prudentes* á que nos vamos refiriendo: les falta elevacion de miras; les sobra miedo á las injusticias de este tirano mal llamado *opinion pública*, y los aterra la menor molestia que pudiera causarles una franca profesion de amor á la verdad. Carecen de energía para ser redondamente perversos; y acomódales tambien guardar cierta apariencia de probidad y sensatez, como pérfido baluarte desde el cual puedan

lanzar los dardos de su censura contra las *exageraciones*, es decir, contra el sincero y valeroso culto de la verdad y del bien.

Estos son los que cierto vulgo, perpétuo idólatra de palabras y crédulo seguidor de apariencias, tiene por hombres de *ilustrada piedad* en punto á religion, y de *moderado sentir* en punto á política. Estos son los que, prestando la autoridad de su nombre á los francos y encarnizados enemigos del órden social, empollan los triunfos definitivos de toda revolucion, contribuyendo con deplorable eficacia al descrédito y ruina de todas las fuerzas verdaderamente resistentes. Ellos son, en las modernas sociedades, no el hacha que derriba de un golpe el tronco, sino la oruga que lo corroe. Ellos son el miasma lento, pero continuo, que infiltrando poco á poco su ponzoña en el corazon de los pueblos, acaba al fin por corromper toda conciencia, por falsear toda idea, por malignar todo instinto de las masas populares.

Pues ¿y su lenguaje? Suave como la piel de la serpiente. Con toda moderacion, eso sí, os dirán á cada instante: que ellos son hombres de su siglo; que la prudencia exige tener por muerto lo que realmente lo esté, y acomodarse al espíritu de la época actual, sin abrigar la absurda y disolvente pretension de resucitar cosas, buenas allá para otros tiempos, pero que hoy son incompatibles con los intereses elevados á la sombra de las nuevas instituciones...

—Pero, señor mio, vamos á cuentas. Para ser usted *hombre de su siglo* ¿necesita declararse humilde servidor de todo disparate y de todo crímen que su siglo cometa? El que ya no se usen calzon corto y bucles empolvados como en el pasado siglo; ó el que durante éste, hayamos inventado ferrocarriles y telégrafos eléctricos que el pasado no tuvo ¿es motivo para que usted sepulte en el panteon de las antiguallas principios de moral que son eternos, é instituciones inmortales porque son divinas? El que los pueblos se rijan hoy con formas políticas nuevas ¿le obliga á usted á sancionar como legítimos los intereses bastardos que puedan haber nacido bajo el pabellon de esas formas? En suma ¿es para usted bueno todo hecho consumado, sólo porque es consumado; y es justo todo interés existente, sólo porque existe?

—¡Reaccionario! ¡ultramontano! ¡oscurantista! ¡absolutista! ¡neocatólico!...

No obtendreis más contestacion que esta letanía estúpida de palabras sin sentido. Los hombres *prudentes* no quieren

discutir sino *con quien lo haga con moderacion;* es decir, con quien plantee el debate en el terreno de averiguar los grados de violencia que ha de tener la injusticia; pero ¿con quien empiece diciendo que sobre lo injusto no puede tratarse ni fundarse nada? Imposible discutir con semejantes *exagerados.*

—Pero señor: que 2 y 2, no han sido, ni son, ni han de ser eternamente más que 4.

—¡Neocatólico! ¡absolutista! ¡ultramontano! etcétera, etcétera.

—Dice usted bien (añade aquí un tercer interlocutor): estos enemigos de la civilizacion, estos verdugos de la humana inteligencia, estos familiares del Santo Oficio, deben ser puestos fuera de la ley.... ¡Atreverse á decir que 2 y 2 son 4! ¡Miserables seides de la tiranía! No: mal que os pese, ya hemos descubierto la verdad: 2 y 2 son 8.

—¡Otra *exageracion!* (replica aquí nuestro *prudente).* Tanto se debe distar de las extravagancias *neocatólicas,* como de las locuras democráticas. No, señores mios: 2 y 2 no son 4, como dicen ustedes los de la extrema derecha; ni 2 y 2 son 8, como afirman ustedes los de la extrema izquierda: los hombres que estamos en el justo medio, sabemos que 2 y 2 suman 6, Esto es lo *prudente.*

Resultado. Los demócratas, obligados á optar entre los que de 2 y 2 sacan 4, y los que sacan 6, optan por estos, que al cabo distan ménos del 8 que sacan los demócratas....

Y así va haciendo su camino la *moderna civilizacion.* Y así, poco á poco, trás la lucha entre los *exagerados* y los *prudentes,* vanse aprestando los malvados sin prudencia á dominar sin competidores en el reino de la barbarie.

Cuando la hora definitiva de este reinado llegue, no sabemos en dónde estarán los *exagerados*; pero tengan entendido desde ahora los *prudentes* que toda su prudencia no los libertará de estar para siempre hundidos en el sepulcro de podredumbre que con tan laborioso artificio van cavando sus prudentes transacciones.

II.

Importa, que nos demos cuenta, lo más exacta posible, de los numerosos y multiformes enemigos de la Iglesia; estamos como ya lo hemos dichò varias veces, en lo más recio de la batalla movida últimamente por el infierno á la Esposa de Jesucristo, y conviene clasificar las falanges enemigas, para conocer las armas propias de cada una, y oponerles adecuada resistencia. Nuestros lectores comprenden que al tratar estos asuntos, en apariencia abstractos, no tratamos sino cuestiones de actualidad. Es imposible conocer bien la índole y trascendencia de los hechos si no se los juzga con el criterio de principios fijos, y cabalmente todos los hechos que tan conturbado traen al mundo, no son, bien mirados, sino diversas evoluciones de los varios enemigos de la Iglesia.

De entre ellos, unos la profesan *odio* mortal porque se lo profesan á Jesucristo y á Dios, y quieren romper todo vínculo entre la tierra y el cielo. Estos quieren que el Estado conspire perpétuamente, y á sangre y fuego, *contra* la Iglesia.—Otros la miran con *desprecio*, ignorando, ó afectando ignorar, su orígen divino, su ministerio santo, su último fin de salvar al hombre.—Estos quieren que el Estado viva enteramente *fuera* de la Iglesia, y sin tomarla en cuenta ni para bien ni para mal.—Otros *prescinden del carácter divino* de la Iglesia, no considerándola sino meramente como una de las instituciones sociales más importantes, y como un poderoso instrumento de gobernacion. Estos quieren que el Estado sea *sobre* la Iglesia.—Otros, por último, considerándola, en rigor, lo mismo que los anteriores, no se atreven sin embargo á querer dominarla, por juzgar absurdo tal propósito; pero no quieren tampoco reconocer su supremacía, por sugestion del *orgullo* que les induce á tener como humillacion oprobiosa el someterse á ella. Estos quieren que el Estado sea, en todo y para todo, *al igual* de la Iglesia.

Al *odio* de los primeros acaba de dar fórmula, en el Parlamento de Turin, el ya famoso Petrucelli della Gatina, proclamando como base primordial de toda política, y aspiracion constante de todo Gobierno—"hacer guerra al Catolicismo, en todo "el mundo, con todos, por todos, y contra todos."—Del *desprecio* de los segundos ha nacido la teoría de la *absoluta libertad de cultos*, en la cual va presupuesta la proclamacion del *ateismo del*

Estado.—La sacrílega pretension de los terceros, de los que quieren dominar á la Iglesia como á instrumento de gobernacion *(instrumentum regni)*, tiene por genuino representante y natural ejecutor, al *cesarismo.*—Últimamente, el *orgullo* de los cuartos ha engendrado el *regalismo* pendenciero y receloso, que convierte al Estado en una especie de perpétuo polizonte, encargado de espiar hasta el más leve respiro de la Iglesia.

Dicho se está que á todos estos en comun, demagogos, librecultistas, cesaristas y regalistas, como quiera que implícitamente cada cual de ellos niega y contradice alguno ó algunos de los caractéres esenciales de la Iglesia, á todos los comprende el anatema de San Cipriano:—"No tiene á Dios por padre quien "rehusa tener á la Iglesia por madre."—Pero examinando distintamente lo que cada cual de ellos niega y contradice más en particular, vemos que los demagogos niegan especialmente la santidad y perpetuidad de la Iglesia, los librecultistas su unidad y su universalidad, los cesaristas su libertad é independencia, y los regalistas su supremacía respecto del Estado.

En efecto, el demagogo, que locamente presume de aniquilar á la Iglesia levantando *contra* ella el poder del Estado, niega la santidad que la hace invulnerable, y contradice á la divina promesa que la garantiza inmortalidad.—El librecultista, que poniendo al Estado *fuera* de la Iglesia, le absuelve de la obligacion de proclamar, acatar y defender la autoridad católica, niega la universal prerogativa que Dios la otorgó de ser maestra de verdad y ministro de salud para el hombre todo entero; para el individuo, lo propio que para la familia; para el ciudadano, lo propio que para el Estado. Decir que el hombre, en su calidad de *animal político* (como le llamó Aristóteles), no tiene para con la Iglesia vínculo alguno obligatorio, es fundar la perversa teoría en cuya virtud hemos visto, y estamos viendo, á Parlamentos y Gabinetes conculcar sin freno todas las leyes de Dios y de la Iglesia, so pretexto de que la Religion no tiene nada que ver con la política. El propio librecultista, en el mero hecho de proclamar como *derecho* de todos y cada uno de los ciudadanos el profesar la fé y ejercer el culto que les acomode, contradice á la unidad de la Iglesia, que enseña una sola fé, y autoriza un solo culto.—El cesarismo, al proclamarse *superior* á la Iglesia, la niega su derecho santo de servir á Dios con libertad segura *(tibi secura serviat libertate*, como enseña la liturgia ca-

tólica); y contradice á su absoluta facultad consiguiente de escoger y adoptar los medios que juzgue más adecuados en cada lugar y tiempo; lo cual es negar su independencia.—Por último, el regalista, osando levantarse *al igual* de la Iglesia en asuntos de fé, de moral ó de disciplina, niega y contradice el derecho divino con que la Iglesia puede exigir al Estado que, limitándose al mero ejercicio de la potestad civil, no pretenda tener en los actos privativos de la potestad eclesiástica más intervencion que la que la Iglesia quiera otorgarle espontánea y libremente.

III.

No satisfecho con haber enunciado así en general los lemas de las falanges enemigas, parecióme oportuno describir, ya ménos vagamente, los caractéres especiales de sus militantes respectivos; y como pasando una revista mental, no sólo al campamento revolucionario, sino á toda la línea de batalla entre la Iglesia y la revolucion, clasifiqué del siguiente modo los grupos combatientes:

Primero: el de los que quieren el bien, todo el bien, sin transaccion alguna con el mal. *Segundo:* el de los que, en realidad, quieren igualmente el bien, pero opinan que á él puede llegarse por medio de componendas y transacciones con el mal. *Tercero:* el de los que quieren el mal en absoluto é inmediatamente, y que para hacerle triunfar, preferirian desde luego raer de la haz del mundo, y de la conciencia de los hombres, hasta el último vestigio del bien. *Cuarto:* el de los que, tambien queriendo realmente el mal, ó no le quieren absolutamente victorioso, ó piensan que, para hacerle triunfar en absoluto, conviene tomarse plazos, caminar por jornadas, y no de un brinco; tomar finalmente, en determinadas circunstancias y en determinados casos, las apariencias del bien.

Habiendo de poner algun nombre, para que nos entendamos, á cada cual de estos grupos, llamaremos al primero, el de los *creyentes;*—al segundo, el de los *vacilantes;*—al tercero, el de los *Barrabases;*—y al cuarto, el de los *Pilatos.*—Oigámoslos hablar cada cual en su lengua, para que los conozcamos mejor.

Hablan los *creyentes:*—"Dios es el bien absoluto, y su pala-

bra infalible y santa, ni puede engañarse ni engañarnos. Absoluta norma trazó á nuestra inteligencia, proponiéndola doctrinas que no pueden ser alteradas por el hombre, y absoluta norma á nuestra voluntad, dándonos preceptos inflexibles. ¡Ay del que quiera alterar aquellas doctrinas sometiéndolas á la sola autoridad de su falible razon! ¡Ay del que quiera desnaturalizar aquellos preceptos, plegándolos á merced de su capricho! Nada es santo sino lo verdadero, y nada es lícito sino lo justo. Esta es regla sin excepcion, y por eso conculca la ley eterna el que recibe como verdad la mentira, aunque sea con buen fin, y el que obra el mal, aunque sea con propósito de obtener algun bien. Mentira toda, y mentira pura, es la revolucion, pues niega todo lo que Dios afirma: preciso es, pues, negarla á ella toda entera. Mal todo, y mal puro, es la revolucion, pues quiere poner la mera razon y la mera voluntad del hombre en lugar de la razon y de la voluntad divinas: preciso es, pues, combatir á la Revolucion toda entera."—

Á esto responden los *vacilantes*:—"Creemos como vosotros que Dios es el bien absoluto, que su palabra es infalible y santa, su doctrina indiscutible, inflexibles sus preceptos. Pero no estamos completamente seguros, respecto de quién sea en la tierra intérprete genuino de la palabra de Dios. En esta duda, ni nos atrevemos del todo á rechazar la voz de la Iglesia, que nos parece divina, ni á seguirla del todo, porque tememos que al pasar por labios de hombres, traiga algo puramente humano. Para salvar este conflicto, hemos resuelto tomar, de la Iglesia algunos *principios;* de nuestro propio y particular juicio, la calificacion y sancion de todos los *hechos*. Por ejemplo, confesamos con la Iglesia que el robo es crímen, pero nos reservamos juzgar si es robo todo lo que ha adquirido Víctor Manuel, para quitarle lo que tal nos parezca, y dejarle lo que no. Como de todo dudamos, quizás tambien en esto la erremos; pero nuestro recurso nos parece el más apropiado para terminar el conflicto pendiente entre el Papa y Víctor Manuel."

Oyen esta componenda los *Barrabases*, y gritan:—"No más Papa, no más Iglesia, no más Cristo, no más Dios. Esgrimamos el puñal, encendamos la tea, y á sangre y fuego borremos del mundo hasta la memoria de aquellos odiosos nombres."—

Aquí los *Pilatos*, encarándose con estos salvajes, les dicen al oido:—"¡Imprudentes! ¡locos! ¿Qué estais ahí gritando? Casi

todo eso que vosotros quereis, lo queremos tambien nosotros; pero es una brutalidad el pedirlo tan claro como lo pedis, y el arrojaros á lograrlo tan de prisa. Con vuestra bárbara precipitacion, estais haciendo más creyentes á los *creyentes*, y por culpa vuestra se están volviendo creyentes muchos que eran *vacilantes*. Dejadnos á nosotros entendernos con estos últimos, pues á favor de sus vacilaciones lograremos, con su aquiescencia y hasta satisfaccion, ir legalizando *hechos* que se opongan radicalmente á sus *principios*. Lograda por este medio la complicidad de los *vacilantes*, ya tenemos á los *creyentes* aislados en tal manera que, con aplauso de la muchedumbre, podremos cazarlos como á fieras ó encerrarlos como á dementes. Entónces será la hora vuestra y nuestra; pero entretanto, dejadnos obrar, y no ahulleis...

....

....

....

Y efectivamente, los *Pilatos* son los que tienen la fuerza: tienen, por de pronto, toda la que les dan los *Barrabases*, pues al fin aunque estos prosiguen alborotadamente su idea, quieren en rigor lo mismo que aquellos; y tienen además toda la fuerza que no les quitan los *vacilantes*.

Ó de otro modo: los revolucionarios *mansos*, ejército de suyo numeroso por cuanto su sistema es adecuado para satisfacer con poco riesgo y á poca costa las pasiones revolucionarias, llevan á vanguardia, tremolando el pendon de sus principios, á los revolucionarios *fieros*, y en la retaguardia llevan á todos los *tímidos* y *perezosos* que, queriendo evitar la lucha con el opuesto campo de los *verdaderos hombres de órden*, se inclinan movidos por su cobardía y molicie, á ponerse del lado de los revolucionarios *mansos*, en quienes esperan que al ménos los libertarán de los primeros tiros.

El *Pilatismo* es, pues, un mónstruo que se apacienta, primero de lo que cosecha, como en campo suyo, en el acerbo de los *Barrabases*; y luego, de lo que espiga en el campo de los *vacilantes*. Es decir, tiene todas las fuerzas del mal, y todas las del miedo.

Y en esto consiste el gran peligro que nosotros vemos. Espántanos la ingente masa de ignorantes á quienes puede engañar la falsa moderacion de los *Pilatos*, y la mucho mayor de cobardes que quieren ser engañados. Espántanos la inmensa mole

de fuerza y de astucia que el *Pilatismo* parece resuelto á desplegar para impedir que los *Barrabases* asusten á los *vacilantes*, y para aislar á los *creyentes*. Espántanos ver cómo el miedo y la pereza van auxiliando este propósito infernal.

Con absoluta franqueza lo confesamos: ni los rugidos de Garibaldi, ni el creciente hervidero de la gusanera mazziniana nos inspiran cuidado alguno: hay demasiados intereses en Europa opuestos á las de esta demagogia fiera para que no logren, aduñándose, ahogar toda empresa demagógica: hay ambiciones harto más fuertes y poderosas que las de Mazzini y Garibaldi, entre otras razones, porque están en posesion del mando. Inspírannos, sí, gran recelo los que tapan el mal, no por temor de que aliente á los malos, sino por miedo de que despierte á los buenos: inspírannos ansiosa inquietud los que defienden el mal como camino para el bien. Cáusanos grave angustia oir llamar *peligrosas exageraciones* á lo que no es sino absoluto cumplimiento de deberes absolutos. Atérranos la idea de que el dominio del mundo vaya á caer, sabe Dios por cuánto tiempo, en manos de estos envenenadores cultos, á quienes ninguna mentira, por desvergonzada que sea, enrojece el rostro, y á quienes ningun crímen, por patente que sea, perturba la conciencia, si les conviene creer que ese crímen y esa mentira son favorables á lo que llaman ellos *órden público*.

Sabemos que Dios no ha permitido sino temporal y pasajero triunfo al mal y á la mentira; nada tememos, lo repetimos una y mil veces, por la suerte de nuestros principios: sabemos que hoy, como diez y nueve siglos há, la causa del bien está puesta *para ruina y resurreccion de muchos en Israel;* pero ¡ay de los arruinados!. . . .

IV.

El grupo que hoy se ofrece á nuestra consideracion (este *hoy* era el 11 de Agosto de 1863), no es fácil de reconocer ni definir, porque cabalmente se distingue del de nuestros adversarios declarados y manifiestos en lo indeterminado de su fisonomía; pero quizás, á fuerza de reproducir los principales lineamentos de su indescifrable catadura, logremos fijar algun rasgo que la determine. Entretanto, y visto que tampoco es cosa fácil

dar á los miembros de esta familia denominacion adecuada, para no designarlos con perifrasis, los llamaremos los *innominados.*

El *innominado* es un monstruo de contradicciones. Se cree hombre feliz, y tan luego como mete la tienta en su corazon, averigua, muchas veces con gran sorpresa propia, que es en realidad un sér muy desgraciado. Para poner en paz su razon con su instinto, y su vida con su conciencia, sería preciso darle un medio de poder entrar, en la region del órden, cogido del brazo de un demagogo; en la region de la libertad, cogido del brazo de un cosaco; en la region de la verdad, cogido del brazo de un sofista; en el gremio de la Iglesia, cogido del brazo de un protestante; en la region de la luz, con los ojos vendados, sin que por eso dejase él de ver; en la region de las sombras, con una luz en la mano, sin que por eso dejara él de estar á oscuras. Si alguien le enseñara el modo de entrar en la vida eterna escoltado por los demonios especiales de la pereza y del egoismo, sería el primer dichoso de la tierra, y el primer bienaventurado en el cielo.

Por *órden social* entiende él aquel estado de cosas públicas que, ó impide ó sortea el motin en la calle, y por consiguiente, que le deja digerir en santa paz su almuerzo, y trasladarse sin tropiezo desde la butaca de su gabinete al sillon de su oficina.—Por *libertad* entiende toda manera de sér social y política, que ni pueda abrumarle con el peso del bien, ni inquietarle con el exceso del mal. Desdeña todas las tradiciones por antigualIas, y reprueba todas las innovaciones por prematuras.

No quiere él libertad de cultos ¡qué horror! porque el *innominado* es católico, apostólico romano ¿quién lo duda?—Pero le parece *exagerado* todo el que discurre que allí donde la ley política no permite violacion alguna de la unidad católica, es inútil y farisaico impedir la predicacion anticatólica en el púlpito de una capilla protestante, miéntras se la permite en libros, folletos, periódicos, cátedras y tribunas.

Por punto general, el *innominado*, allá en la clasificacion de ideas y de deberes que él se ha formado para su uso particular, piensa que el hombre se divide en animal religioso y animal civil; que cada uno de estos dos vivientes no tiene nada que ver con el otro, y que maldito si hay contradiccion alguna entre leer por la mañana, para edificacion, un capítulo del *Kempis*, y por la tarde, para recreo, unas cuantas páginas de *Los Miserables:* y aun, si esto no cabe en el ancho espacio de su elástica piedad,

porque le parezca un poco fuerte, de seguro no hallará contradiccion alguna, si es verbigracia Consejero de Estado, entre oir devotamente una Misa por la extirpacion de las herejías, victoria contra infieles, etc., y marcharse luego muy tranquilo á su seccion para pedir á los Obispos que *taxativamente* digan en qué y cómo *Los Miserables* son libro malo y nocivo, con el fin de que los señores del Consejo fallen sobre qué debe estimarse en aquel cáso, si la censura de los sucesores de los Apóstoles, ó la manga ancha del caballero fiscal de novelas.

El *innominado* es uno de los hombres más amables que hay en el mundo: su tolerancia y su cortesía no tienen límite. Si es redactor de un periódico, y como tal, necesita protestar contra una blasfemia horrible de algun diario demagógico, á buen seguro que ántes no le llame—"nuestro apreciable colega". Si la blasfemia ha salido de labios de un diputado en pleno Congreso, nuestro *innominado*, periodista de templadas y corteses formas, no dirigirá al padre de la patria blasfemo su blanda censura sin llamarle ántes—"nuestro distinguido amigo, tan notable por su elevado talento como por su seductora elocuencia."

En la tertulia de los Ministros, el *innominado* deplora los excesos de la Oposicion; en la tertulia de los oposicionistas, no será él quien niegue que el Ministerio comete graves errores: la verdad ante todo, porque nuestro hombre es de suyo muy imparcial.

Si es literato ó filósofo, para que el *innominado* se halle á su gusto en lo que llama él—"campo neutral y pacífico de la ciencia y del arte,"—necesita oir, tras un discurso apologético de San Gregorio Magno, un trozo de historia, digámoslo así, destinado á probar cómo Robespierre no fué el hombre impío y sanguinario á quien conoce como tal todo el mundo, sino un entusiasta y probo aplicador de los *grandes principios* de 1789. Si la escena pasa en una Academia, nuestro *innominado* besará pública y respetuosamente el anillo del Obispo autor del primer discurso, como quien dice:—"sea enhorabuena por lo bien que Usía Ilustrísima ha defendido la verdad,"—y luego, al revolver de un pasillo, estrechará con cierta cordial efusion la mano del demócrata autor del segundo discurso, contradiccion audaz del primero, como quien dice:—¡Qué talento! ¡qué talento! Sabe usted que le estimo.—

Suma total: nuestro *innominado* logra arreglarse de tal mo-

do que, para las gentes de órden, es un hombre de confianza, y para los revolucionarios, es un adversario simpático: para los ministeriales, es un empleado inteligente y probo, y para las oposiciones, es un amigo oculto. Para los católicos, que le ven oir Misa los dias de fiesta y comulgar por Pascua Florida, es suceso fausto el que nuestro hombre sea Gobernador de provincia, Senador, Diputado ó Consejero de la Corona; porque al cabo, dicen, colocado en posicion de hacer algun bien á la Iglesia, se lo hará; y entretanto, los enemigos de la Iglesia, que al trasluz de la *tolerancia* y *amabilidad* de nuestro hombre han visto su cobardía y su egoismo, le mirarán sin pena en su elevado puesto, seguros de que no moverá pié ni mano para impedir atentados contra los intereses católicos, y que sabrá sofisticarse lo bastante á sí propio para no averiguar nunca de sí mismo que, con todas sus protestas de católico, apostólico romano, y con todas sus Misas, y con toda su postiza mansedumbre, no es más ni ménos que un pobre *perro mudo*.

Dos grandes estorbos hay para el *innominado* en este mundo: el primero, la demagogia bárbaramente impía, que con Proudhon, por ejemplo, le dice que *Dios es el mal;* el segundo los católicos que, deseando conformarse á la verdadera doctrina y al ejemplo de la Iglesia, no transigen poco ni mucho con el mal, persuadidos á que es sacrílego y absurdo el intento de conciliar á la luz con las tinieblas, y con Belial á Jesucristo. La barbarie demagógica, con su escandalosa impiedad, desconcierta á nuestro hombre, porque le quita todo medio decente de desentenderse de ella ó de paliarla, y le obliga á condenarla sin tolerancia alguna: la rigidez católica, en cambio, le irrita como una reconvencion, y le amedrenta como un remordimiento.

Para libertarse de la persecusion que estos dos enemigos levantan contra el *innominado*, el uno que le desconcierta, y el otro que le confunde, ha inventado él un recurso comodísimo, y que á la larga todo lo concilia: ha tropezado con una mueca de compasion por las *exageraciones* de impiedad demagógica, y con otra mueca de indignacion—"por el daño que ciertos católicos, dice él, están causando á la Religion con sus *exageraciones* no ménos deplorables."—

¡Exagerados! Con esta palabrilla, en buen hora encontrada, pasa nuestro hombre diez veces al dia su Rubicon. ¿Qué sería de él sin este precioso hallazgo? Sería hombre al agua.

Tendria que confesar que no procede como católico el Gobierno que deja circular libros condenados por los Obispos, y que abre juicios contradictorios entre sus censuras eclesiásticas y el fiscal de imprenta lego. Tendria que confesar que no es católica la Enseñanza Pública allí donde se profese impunemente *de oficio* el materialismo y el panteismo. Tendria que reconcer que son irrisorias todas las protestas de respetar la libertad de la Iglesia, allí donde el hábito de una Órden monástica es traje prohibido. Tendria que protestar de una tolerancia en cuya virtud puede un diario de hoy mismo lamentarse de que se haya prohibido introducir en España la *Vida de Jesus* del señor Renan. Tendria que compadecer el desdichado móvil que ha dictado al Gobierno la singular prudencia de ocultar esta prohibicion. Tendria que no ser adulador servil de toda política triunfante, para demandar que, bajo toda forma, el *espíritu* de nuestras leyes y de nuestra gobernacion sea católico....

Pero, haciendo todo esto, nuestro *innominado* no podria ser nada en el mundo oficial, y sería excluido de las urnas electorales por *neocatólico;* y se veria perseguido por la injuria y la calumnia de los revolucionarios fieros, y por el desden de los revolucionarios mansos, y por el odio de todos cuantos detestan la verdad sinceramente enunciada y valerosamente defendida...

Mas no por esto se crea que nuestro *innominado* declare nunca paladinamente que falta razon á estas querellas y demandas de los *católicos segun la Iglesia*, no; al contrario, nuestro hombre, cuando en asilo seguro se vea de manos á boca con alguno de los que él mismo llama *neocatólicos*, deplorará *como el primero*, (así dice él) esos escándalos: por supuesto, los deplorará, y aun amargamente...; sólo que se guardará muy bien de repetir sus deploraciones, ni en la Asamblea de que es miembro, ni en el periódico de que es redactor, ni en la oficina donde está empleado, ni en el Consejo si es Ministro. Nada de eso: si en cualquiera de esas partes, oye á un demagogo atacar injuriosa y calumniosamente á los católicos verdaderos que denuncian sin rodeos el mal, y le condenan á voz en cuello, nuestro *innominado*, sofocando el grito de su propia conciencia, que le manda salir á la defensa de la verdad, hará su consabida

mueca de hombre indignado, y exclamará (mirando ántes á la puerta por si entra algun *neocatólico)*:—¿Qué quiere usted amigo? *Exageraciones* de partido. ¡Estos *absolutistas* son así!. . . .

Tales son la vida y hechos del *innominado.*

V.

Tales son, digo hoy, la vida y hechos del *católico-liberal.* Este es el nombre que hoy lleva el grupo de esos á quienes, doce años há, llamaba yo *innominados*, porque ni hallaba otro calificativo que les cuadrase, ni se apellidaban todavía *católico-liberales*, ó por lo ménos, no se habia vulgarizado esta denominacion. Pero no creo que me engañe el amor propio al pensar que en mi *innominado* de 1863, verá el lector una perfecta semblanza del iluso, más ó ménos inocente, á quien Pio IX, en reiterados Breves y Alocuciones desde 1871 acá, describe y condena bajo el nombre de *católico-liberal.*

No obstante, por si, movido de caridad, algun lector creyere que mi *innominado* tiene algo más de liberal y algo ménos de católico que los fieles extraviados sobre quienes recaen esas censuras de la Santa Sede, concédame, le ruego, un instante más de indulgente atencion, y sírvase ver el remate del cuadro que yo trazaba siete dias despues del último artículo preinserto:

Hoy tenemos, decia, que inclinarnos con respeto, y hablar muy pocas palabras, ante el último grupo de adversarios, si así podemos apellidarlos, que nos toca mencionar entre los causantes y cómplices de la deplorable confusion de cosas y de personas que estamos persiguiendo.

Hemos denunciado la repugnante hipocresía de aquellos enemigos notorios del órden social, que bajo la mañosa fórmula de que confundimos la política y la Religion, incurren cabalmente en el vicio de que nos acusan, tratando como puramente político lo que es en primer lugar religioso, y utilizando esta superchería para su obra de corromper toda creencia, y de malignar todo sentimiento. A estos

les hemos pedido definiciones, y se han negado á dárnoslas: les hemos preguntado qué entienden por *liberalismo*, y qué por *absolutismo*, con el fin de averiguar qué quieren ellos decir de sí propios cuando se llaman *liberales*, y qué se proponen decir de nosotros cuando nos tachan de *absolutistas*. No hemos obtenido la menor explicacion; pero, resueltos á que esta evasiva no les fuera provechosa, hemos examinado el valor positivo de sus fórmulas favoritas; y de nuestro exámen ha resultado, como ya lo sospechábamos de ántes, que *liberalismo*, para ellos, no es más ni ménos que negacion sistemática de los derechos de la Iglesia; así como *absolutismo*, aplicada á nosotros esta improcedente calificacion, no significa sino respeto leal, íntegro y eficaz á esos mismos derechos, sistemáticamente por ellos negados.

Terminada nuestra lucha con estos impostores, parecionos conveniente trazar algunos rasgos de la indeterminada fisonomía de aquellos otros *innominados* que, con fé tibia y con egoismo cobarde, adulan á los revolucionarios, afectando para con ellos una culpable tolerancia, y uniéndoseles para denostar á los francos y resueltos defensores de la verdad lealmente enunciada.

Réstanos hoy decir breves frases acerca de otra especie de *prudentes*, á quienes pudiéramos aplicar el vulgar adagio de que—"quitan la soledad y no dan compañía."—Estos son los que, creyendo de buena fé que el más seguro y breve camino de convertir en amigo al adversario es hacerle concesiones, ora se abstienen de combatirlos de frente, ora se avienen á usar de sus mismas fórmulas por ver de congraciarse con ellos. Corresponden á esta especie de *ilusos* aquellos católicos que no se han parado á meditar en la tenacidad y el horror de la impenitencia de los revolucionarios, ni han sospechado siquiera la grave y urgente necesidad que hay ya de dividir campos, como quiera que la revolucion ha demostrado muy claro el propósito de adelantar en su camino á favor de confusiones.

De la boca de estos importunos *prudentes*, no se cae la frasecilla de que es menester *no precipitarse*. Parécceles temeraria toda palabra que no se presta á tergiversaciones, y creen que el mundo se les va á caer encima si al injusto detentor de la propiedad agena se le llama *ladron*. En el falso con-

cepto que tienen formado de la caridad y de la mansedumbre, no cabe el ver que la condicion primera de toda caridad es el valor santo de arrostrarlo todo en defensa de la verdad y del bien, y que no es mansedumbre de buena ley la que se humilla hasta tolerar el error y el mal sin combate y sin protesta.

Es indecible el sentimiento de pena y de compasion que nos inspiran cada vez que los vemos encogerse, retorcerse y huir el bulto por ver de evitar un combate en el cual, despues de empeñado, su conciencia no los dejaria permanecer inactivos. No consiste el pecado de esta raza singular en echarse fuera de la pelea, sino en hacer ú omitir lo que no es lícito, por ver de evitar que la lucha se empeñe. Fáltales el valor de la iniciativa, no el de la resistencia; les da miedo, no el pelear, sino el tener que pelear. Afligeles, muy sinceramente, por ejemplo, oir blasfemias, porque la blasfemia en sí es cosa horrible para su corazon piadoso; pero les aflige mucho más la idea de que el blasfemo los obliga á entrar con él en batalla.

No son estos, no, á Dios gracias, de los que han perdido el sentido de lo verdadero y de lo bueno hasta el punto de llamar *exageracion* lo que no sea sino enunciacion de la verdad pura; pero no quisieran ellos ser contados entre los que pasan por *exagerados* en el mundo de los *hábiles*. Y no lo quisieran, porque esto los obligaria á entrar en batalla cuando entren los *exagerados*, y nuestros *prudentes* han hecho el juramento heróico de no batallar sino cuando absolutamente les falte todo medio de evitarlo.

El error de esta conducta no estriba, ciertamente, en que se intente y se procure la paz por todo medio moralmente posible, sino en no reconocer ni una ocasion siquiera en que se deba sostener combate. Este error es cabalmente el condenado por aquellas palabras sagradas que nos enseñan que *no hay paz con el impío*. En el mismo sentido dijo de sí el Salvador del mundo que *no habia venido á traer paz sino guerra*. Y por lo mismo, últimamente, San Pablo condena, bajo el nombre de *prudencia segun la carne*, esa especie de predisposicion habitual á huir del combate, sea ó no el combate necesario.

Todo lo que esta predisposicion tiene de contraria al

espíritu de la *milicia cristiana*, eso mismo tiene de inútil. Y la razon es clara: lo propio el mal que el bien, dice:—"el que no está conmigo está contra mí;"—y basta conocer un poco de historia para saber que, por regla general, la Revolucion, en el dia de su triunfo, suele ser más dura y desapiadada para los que se han limitado á no estar con ella, que para los que han estado francamente contra ella.

Grande y terrible desengaño aguarda á los que esperen gracia por su silencio y por su inaccion: sean ó no cobardes, la Revolucion por tales los tiene; y sabido es que la Revolucion, como todo tirano, asesta sus primeros golpes contra los que cree que no se han de defender.

Dejémonos, pues, de transacciones directas ni indirectas. En toda la línea de combate, el enemigo nos tiene presentada la batalla, y basta mirarle al rostro para conocer el terror que le causa la sola idea de que aceptemos el reto, y el propósito que abriga de asesinarnos en nuestras mismas tiendas, si sospecha que de ellas no hemos de salir á pelear como buenos.

¿Ni, de qué sirve ya ocultar esta verdad á los demás ni á nosotros mismos? Al contrario, debemos repetirla un dia y otro para mantener alerta las huestes del bien, para que no se aduerman en la confianza de que quizás no llegue la hora de combate. Además de que, para buenos y malos, es verdad innegable que el que da primero, da dos veces. En este punto, no puede admitirse más diferencia sino que al bueno, jamás le es lícito provocar; pero cuando la provocacion de los malos es hoy tan reiterada, tan patente y tan amenazadora, ¿qué conseguiríamos con hacer como quien no la oye? Nada sino morir de todas maneras, ménos la gloria de habernos mostrado dignos del triunfo.

Y en cambio, si peleamos denodadamente; si el enemigo nos ve bien resueltos á atacarle en su mismo campo; si desplegamos desde luego ante él todas nuestras huestes, ¿quién duda de que, ó desertará del campamento, ó de que entrará en batalla desanimado y cobarde?...